EN BUSCA DE LA IZQUIERDA PERDIDA

LUIS SALAZAR C.

José Woldenberg,
Memoria de la izquierda,
Cal y Arena,
México, 1998.

LEYENDO PRIMERO EN ETCÉTERA, y luego en el libro estos relatos, me acordé, en primer lugar, de una tesis sostenida no hace mucho por Sartori que, respondiendo a la pregunta sobre lo que es la izquierda, afirmaba tajantemente: la izquierda es la ética. O más precisamente, la izquierda es la política que se propone realizar ideales éticos, principios y valores éticos. No, entiéndase bien, porque otras posturas políticas no impliquen algún tipo de valores, no porque sólo los de izquierda puedan promover ideales, sino porque el reclamo y la indignación que constituyen las muy variadas identidades de izquierda son, aunque sus propios promotores lo ignoren, fundamentalmente éticos. En este sentido no es para nada casual que las izquierdas de las que habla José Woldenberg sean las que nacieron, o por lo menos se renovaron, bajo el impacto de ese gran movimiento que marcó la historia del país justamente por ser una explosión de indignación moral frente a los "usos y costumbres" de un sistema autoritario, de un sistema político que, independientemente de otras consideraciones y evaluaciones, se caracterizó desde sus orígenes por su profundo y sistemático desprecio por la moralidad, en cualquiera de sus versiones.

En efecto, si el movimiento estudiantil del 68 desconcertó y confundió hasta la paranoia a los principales operadores de ese sistema fue, entre otras cosas, por el carácter intangible, inmaterial, y si se quiere hasta ingenuo, de un reclamo y de unas demandas que ponían en cuestión una concepción y una práctica amoral e inmoral de la autoridad y del poder. Que exigían algo tan sencillo como peligroso para un sistema habituado a tratar a los individuos como súbditos, como clientelas, como masas, como bases, pero nunca, ni de chiste, como personas, como ciudadanos, como legítimos titulares de derechos civiles y políticos que debían ser respetados y protegidos. En este sentido la reacción espontánea, vigorosa, multiforme e imaginativa de los estudiantes frente a la represión bárbara de unas manifestaciones, por demás exiguas e irrelevantes, fue sobre todo una reacción de indignación moral, de exigencia ética de respeto a unas autoridades que, al parecer, seguían pensando que la moral es un árbol que da moras y que por ende sólo podían entender que se trataba de una conspiración filocomunista para despretigiar y derrocar al gobierno.

Los relatos de este autor tienen que ver entonces con las izquierdas que surgieron impulsadas o renovadas por esa explosión ética que fue el movimiento del 68, así como por su trágico desenlace. De ahí las hoy casi increíbles energías morales con que acometieron las luchas y tareas más diversas y hasta divergentes: desde los que asumieron las trágicas y equivocadas vías armadas, con sus paradójicas mezclas de heroísmo y criminalidad, de abnegación y de fanatismo, hasta los que buscaron por diversas vías y con diferentes métodos acercarse al pueblo, a los obreros y campesinos, para descubrir a los agentes del cambio, pasando por los que, con denuedo y verticalidad ejemplares, se dieron a la tarea de construir sindicatos en universidades e institutos de educación superior.

La izquierda de los setenta fue, en verdad, una multitud de izquierdas, cada una con sus

estrategias, sus diagnósticos, sus propuestas y sus delirios. Pero la motivación básica de todas ellas, lo que impulsó a miles y miles de jóvenes y no tan jóvenes a comprometerse políticamente, a actuar y a jugársela en luchas y en organizaciones fue sin lugar a dudas un sentimiento justiciero, una enorme y justificada indignación moral, una exigencia de civilidad y de civilización.

Lamentablemente, la mayor parte de los destacamentos de estas izquierdas, en ausencia de tradiciones culturales y políticas que posibilitaran una traduccion democrática de ,esa indignación, asumimos los únicos codigos que la época y el mundo ponían al alcance, esto es, los códigos revolucionarios, marxistas, leninistas, maoístas o trotskistas. Códigos que parecían explicar con enorme sencillez no sólo el trauma de la represión en Tlatelolco, no sólo la arbitrariedad de los gobiernos y las autoridades, sino también la ingente desigualdad e injusticia social que agobiaba y agobia a la mayoría de los mexicanos. Códigos que entonces posibilitaban una traducción militante y sin fisuras de aquella indignación en términos de un compromiso total con las causas de la transformación revolucionaria de la sociedad.

Pues por imprescindible que sea, la indignación justiciera es una pasión que fácilmente ciega y conduce a la intolerancia, al resentimiento y al odio, y que, por ello, con enorme frecuencia, desemboca en un negativismo contestatario, en una visión primitiva de la política, para la que lo único que hace falta es la denuncia, la impugnación y, en el extremo, la destrucción de los enemigos, de los supuestos responsables de todos los males que abruman a la sociedad. El voluntarismo, el maximalismo, lo mismo que una concepción maniquea de los problemas sociales, marcaron por ello fuertemente la mayor parte de los esfuerzos generosos, pero en buena medida ciegos, de las izquierdasgeneradas por el sesenta y ocho y sus secuelas. En este sentido, los relatos del libro que presentamos nos permiten recordar desde los vanos intentos de revivir a los comités de lucha en la UNAM, hasta las interminables asambleas y discusiones en las que prendió la idea de que, para fortalecer al movimiento sindical, era necesario que los propios profesores de los centros universitarios se asumieran como trabajadores y se organizaran sindicalmente.

Se trató, entre otras cosas, de un largo y complejo aprendizaje político, repleto de frustraciones, de deslumbramientos, de ilusiones quebradas, pero también de positiva afirmación de principios y valores, de causas justas, que habría de culminar en más de un sentido con la creación de una serie de sindicatos independientes en los centros de educación media superior, pero sobre todo, merced a la reforma política de 1977, con el comienzo de la difícil e inacabada conversión democrática de la mayor parte de las corrientes de las izquierdas mexicanas., Vista generalmente como una añagaza del sistema para cooptar a los rebeldes, esta reforma de hecho supondría la máxima conquista de todos los heterogéneos esfuerzos de las izquierdas, así fuera una conquista no planeada y ni siquiera deseada, así fuera vivida desconfiadamente como una refutación de la mayor parte de las expectativas de sus integrantes.

Pero esto me lleva a una segunda impresión que ya no concierne a las izquierdas recordadas por José Woldenberg, sino a la impresionante cultura autoritaria que privaba no sólo en el sistema político y en el gobierno, sino en las propias universidades del país, por no hablar de los medios de comunicación de aquella época. Cuando leemos los relatos del libro, en efecto, sólo podemos preguntarnos por las razones por las que la mayoría de las autoridades universitarias asumieron posturas y reacciones poco menos que cavernarias frente a demandas acaso ocasionalmente excesivas y hasta académicamente riesgosas, pero que en el fondo reivindicaban cosas tan elementales como el reconocimiento de derechos

laborales básicos y la creación de mecanismos propiamente académicos de contratacion y evaluación. Que autoridades universitarias hayan recurrido a todo tipo de provocaciones, truculencias, y hasta apelado a la fuerza pública para encarcelar y despedir a profesores e investigadores; que otras hayan pretendido crear sindicatos blancos para evitar la organización sindical propiamente dicha, y que las autoridades máximas del país hayan desatado esa persecución y ese acoso contra los trabajadores electricistas de la Tendencia Democrática –uno de los pocos destacamentos libres de la ignominia y la corrupción del sindicalismo oficialista– todas ellas son cosas que hablan de una cultura profundamente autoritaria e inmoral, extendida en prácticamente todos los niveles de aquella sociedad, y que nos permiten medir la increíble distancia que nos separa, por fortuna, de aquellos tiempos. Contra los que hoy añoran esas épocas, contra los que interesadamente pretenden hacernos olvidar la barbarie de aquel sistema, pero también contra los que pretenden que nada ha cambiado para bien, la memoria de Woldenberg es un mentís tan necesario como tajante.

Por razones que el propio autor explica, el libro termina abruptamente en 1978, a pesar de que su plan original abarcaba hasta 1991 (fecha de su salida del PRD). Termina entonces justo cuando la reforma política y la experiencia determinan el abandono del horizonte revolucionario y la asunción del democrático para la mayor parte de las corrientes de izquierda, como ya mencioné, de un proceso complejo y contradictorio que llevaría a desplazar en buena medida los esfuerzos por fortalecer e independizar del yugo corporativo a las organizaciones sociales populares, en beneficio de esfuerzos para construir partidos y referentes electorales, y por conquistar el voto ciudadano. Algún día José Woldenberg tendrá que cumplir su palabra y escribir la memoria de este intrincado proceso. Pero difícilmente me puedo quitar la impresión de que este giro, esta gran transformación democrática de las izquierdas, fue sin lugar a dudas un enorme avance político que, sin embargo, combinado con otros factores lamentables (las crisis recurrentes, el desastre del sistema educativo, el deterioro de los niveles de vida de millones de mexicanos), también generaría lo que me atrevo a denominar, no sin tristeza y pesadumbre, una lumpenización progresiva de las luchas y organizaciones populares. En efecto, cuando se observa hoy el comportamiento actual de demasiados sindicatos universitarios, o la conducta de tantas movilizaciones sociales "independientes", cuando se considera incluso el tipo de liderazgos que encabezan las protestas y luchas de sectores marginados, empobrecidos y oprimidos, uno sólo puede preguntarse cuándo y cómo se perdió el sentido ético que inspiraba a las luchas y a las organizaciones de los años setenta, cómo y porqué se impusieron paulatinamente en demasiados activistas sociales concepciones ya no sólo negativistas sino francamente irresponsables y depredatorias.

Tanto más por cuanto esas pérdidas de principios, de ideales y valores también habría de minar fuertemente el sentido ético de la izquierda partidaria, al extremo de convertir su espectacular avance electoral en un reflejo especular de su asimilación a las tradiciones más lamentables de la vieja cultura priísta, corporativa, clientelar y, sobre todo, amoral. Todo sucede, en verdad, como si los grandes logros democráticos que el país y las izquierdas conquistaron con tanto esfuerzo, con tanta abnegación, con tanto sacrificio, se vieran profundamente contaminados por el espíritu amoral, cínico y oportunista del viejo sistema autoritario. También los relatos de este autor pueden servirnos entonces para evitar un optimismo fácil, para reconocer que nuestro tránsito democrático permanecerá incom-

pleto mientras sigamos aceptando como algo natural que la ética y la política nada tienen que ver o, peor aún, que la moral es un mero insumo de una lucha descarnada por el poder. En todo caso sólo me queda agradecerle a Raúl Trejo, director de Etcétera, a Rafael Pérez Gay, director de la editorial Cal y Arena, y sobre todo a José Woldenberg, autor de esta brillante memoria, la oportunidad de haber podido recordar y reflexionar sobre un pasado que pareciendo en tantos sentidos muy lejano, sigue siendo una premisa indispensable para pensar nuestro presente y, ojalá, para proponernos un futuro deseable y posible, un futuro en el que la moral ya no pueda ser solamente, nunca más, un árbol que da moras